



Por consiguiente, aunque el epicúreo tenga la habilidad necesaria para ocultar su falta á los demás hombres, ó sea bastante poderoso para no temer nada por su parte, como reyes, grandes, etc., no solamente puede permitirse el robo y el adulterio, sino que hasta tiene un deber, si es que en ello encuentra placer; porque no hay más bien que el placer, y la virtud consiste en proporcionarse este placer. Esta es la reflexión que hace Epicteto á un epicúreo (1).

Veamos otra máxima de Epicuro: «La amistad debe contraerse por la utilidad que se espera, de la misma manera que se cultiva la tierra para recoger el efecto de su fertilidad (2).» Aristóteles opinaba de muy distinto modo. Examinando la amistad, dice, «amar es querer bien á uno, por lo que es, no por sí mismo, y efectuarlo en la medida de sus fuerzas (3).» Así la amistad de Aristóteles consiste en amar á su amigo; la de Epicuro, en no amar á nadie más que á sí mismo. Siguiendo el mismo cálculo, Epicuro mata el amor paternal. No quería que el sábio educara los hijos ni desempeñara ningún destino público, porque todo esto turbaba la indolente tranquilidad de su alma. La oveja, ni lo que es más todavía, el lobo, abandonan nunca á sus pequeñuelos; ¿cómo, pues, el hombre abandonará á los suyos? Así que aun cuando el sábio tuviera hijos no se inquietaría por ellos. Este es el razonamiento que empleaba Epicuro con sus discípulos para disuadirlos de educar á sus hijos (4).

Por lo que respecta á la Divinidad, la sabiduría consiste, según Epicuro, en persuadirse que jamás se ha mezclado en nada de cuanto se refiere al universo, ni para formarle, ni para gobernarle. El universo se ha formado á sí mismo por el acaso, con los átomos que se precipitaban en el vacío, y se gobierna á sí mismo. Este vacío y estos átomos los tomó Epicuro de Demócrito. La física de estos dos filósofos puede reducirse á su más simple expresión de este modo: «Un día, no sé cuándo, vinieron, no sé de dónde, inmensos torbellinos, no sé de qué polvo, que girando, no sé en qué sentido, formaron de pronto ó paulatinamente, no sé cómo ni por qué, los unos el sol, la luna y las estrellas, los otros la tierra, las plantas, los animales, y por último, el hombre, principalmente á Demócrito y á Epicuro.

Según este último filósofo, hay una infinidad de mundos; de un mundo á otro hay espacios vacíos; allí habitan los dioses en una eterna indolencia, no cuidándose de recompensar á los buenos y castigar á los malos. Para no tener nada que temer de la superstición del pueblo, el maestro les enseñaba á ser hipócritas, practicando exteriormente las ceremonias del culto, por más que ellos las tuvieran como absurdos en su corazón. Esta observación es de Plutarco.

«Del hombre opinan que está compuesto de cuerpo y alma; pero el alma no es más que la parte más sutil de su cuerpo, y ésta una re-

(1) Arrian., *Epictet.*, l. III, cap. VII.

(2) Dióg. L., *Vida de Epic.*

(3) Rhet., l. II, cap. IV; *De morib. Nicóm.*, l. VIII.

(4) Arrian., *Epictet.*, l. I, cap. XXIII.

nion de átomos más finos; después de la muerte desaparece todo el cuerpo y el alma. La sabiduría y la virtud consisten en no creer en la Providencia divina, en no creer en la inmortalidad humana, y en persuadirse de que el hombre es sólo materia, no tiene más que cuerpo, y que por consiguiente, para él no hay más bien que el placer de su cuerpo.» Así es como todos han entendido la doctrina de Epicuro, siguiendo el testimonio de Plutarco, y así es como el epicúreo Lucrecio la expone y ensalza en su poema *De la naturaleza de las cosas*.

Los epicúreos convenían y se vanagloriaban también de que ningún filósofo había hablado como Epicuro, y que su doctrina era contraria al sentimiento universal del género humano. Además, el maestro citaba en apoyo de su moral, no la autoridad de algún hombre, sino el ejemplo de los animales, que no conocían más bien que el deleite. Además, él fué el primero y el único que se llamó á sí mismo sábio. También trataba con gran desprecio á los filósofos que le habían precedido. Este desprecio se extendía también á las ciencias. En las ciencias de razonamiento, no quería que definiera ni precisara nada. En todos sus escritos ha observado esta regla. En cuanto á las ciencias físicas, dice que no son buenas más que para desecharse el temor de la Providencia y de la muerte, ó más bien el temor de la vida después de la muerte. Fuera de esto, son perfectamente inútiles. En una palabra, el que no cree más que una bestia en la Divina Providencia y en la inmortalidad del alma; el que no busca menos que las bestias la felicidad suprema en el placer de los sentidos, no tiene necesidad de ciencia alguna, porque ha llegado al apogeo de la sabiduría, de la virtud y de la felicidad.

Por lo demás, para Epicuro y los epicúreos, los sentidos eran los únicos jueces de lo verdadero, así como ellos eran los únicos jueces del bien. Por esta razón Epicuro enseñaba que el sol, y en general todos los astros, no son más grandes que lo que aparecen.

Así pues, según Epicuro y los epicúreos, todas las ciencias, la astronomía, la física, la química, la historia natural, el estudio de todas las lenguas, la lógica, psicología y la historia de todas las cosas humanas, no sirven, ni son buenas, útiles y necesarias más que para persuadir al hombre de que no es una bestia. Todas las virtudes, la justicia, templanza, sabiduría, amistad, la sociedad misma, no son buenas, útiles y necesarias más que para proporcionar al hombre la felicidad de las bestias. Tal es el único fin de todas las cosas.

Pues qué, ¿no considera todo el género humano, desde que existe semejante destino, como lo más sensible y molesto que puede imaginarse para el hombre? Pues qué, no ser en esta vida más que una bestia, lo mismo que ella después de la muerte, y siempre nada, ¿puede imaginarse algo más triste que una alegría igual, nada más desgraciado que una felicidad semejante?

¿Puede esperar el epicúreo llegar todavía á ese término? Plutarco demuestra en un tratado completo, que no sabría vivir alegremente según la doctrina de Epicuro. En efecto, se con-



cibe perfectamente que las bestias que no piensan en el mañana y gozan del presente, vivan en esta incuria sensual en que Epicuro hace consistir el bien perfecto. La ostra puede servir de modelo. Pero el epicúreo más acabado, que no vea en todo más que su cuerpo, ¿puede dejar de prever que este mismo cuerpo puede caer enfermo y sufrir dolor en vez de placer? El más perfecto epicúreo ¿conseguirá jamás la felicidad de la ostra? Y si la fiebre ó la gota le atormentan, ¿cuál será su bien supremo? Epicuro vendrá á consolarle con su famoso dilema: «O vuestro dolor es grande, ó es pequeño. Si es grande, no durará mucho; si es pequeño, será fácil soportarle.» Pero á esto contesta Plutarco, que está en oposición con toda su doctrina: «Por lo que hace al deleite, es cierto que si es grande no dura más que un instante; de otro modo, el cuerpo sucumbiría en él; pero por lo que respecta al dolor, no sucede lo mismo: puede durar años, toda la vida, como ocurre en la gota. No le queda otro recurso más que la muerte, el aniquilamiento, que es lo más terrible y triste que hay en el mundo. Es como si se dijera á los navegantes que luchan con la tempestad: «Consolaos; pronto vuestras nave se hundirá en los abismos» (1).

Por lo demás, ¿quién asegura al epicúreo que él es pura materia, que no tiene más que su cuerpo, y que después de esta vida no hay ni justicia, ni recompensa, ni castigo? ¿Será, quizás, la autoridad de Epicuro? Pero Sócrates y Platon creían en los premios y penas eternas. ¿Será la autoridad de los epicúreos? Pero el género humano cree como Platon y Sócrates. Los epicúreos mismos, entre otros el poeta Lucrecio y Celso el filósofo, convienen en lo mismo.

Mas es necesario creer, dice Epicuro, que nuestro espíritu, nuestra alma no es más que una reunión de átomos muy sutiles que se separan con la muerte. Todo esto hasta ahora se ha admitido, ¿y no habrá que temer todavía? Estos átomos muy sutiles, que se unen entre sí para formar nuestra inteligencia y nuestra memoria, y llegar á ser el centro y foco de nuestras penas y de nuestros placeres, ¿no podrían reunirse de nuevo, si es cierto que se separan, con los átomos más groseros de nuestro cuerpo? ¿No se prestarán ellos tanto más á esta nueva reunión, cuanto mayor sea el tiempo que hayan estado unidos? ¿No se hace necesario creer que tal es su inclinación natural é inevitable, puesto caso que ellos dicen y hacen creer á todos los hombres que ellos subsistirán después de la muerte, y que recibirán el castigo ó la recompensa á que se hayan hecho acreedores por las obras que han realizado mientras vivieron? Si, pues, debe creerse en los átomos, millares de átomos son más creíbles que uno sólo.

Por más que Epicuro después de muchos rodeos niegue la Providencia, las penas y los premios de la otra vida; haga de la justicia, de la amistad, de todas las virtudes un cálculo de voluptuosidad; reduzca la inteligencia humana á las combinaciones de átomos; ambicione como

la mayor felicidad la condición de las bestias, siempre se encontrará solo contra todos, solo contra la opinión de todos los pueblos, de todos los tiempos y de todos los hombres; siempre el género humano continuará proclamando á un Dios remunerador y vengador, la inmortalidad del alma, la distinción eterna del bien y del mal, y reprobando el sistema de Epicuro por falso y vergonzoso.

Pirron, que vivía en la misma época, tenía por máxima principal que nada era cierto. Pero no se sabe positivamente hasta dónde llevaba esta incertidumbre. Según unos, confiaba tan poco en sus sentidos, que cuando se paseaba, nunca volvía la cara ni retrocedía, áun cuando encontrara un carro ó un precipicio, y sus amigos, que le seguían siempre, le salvaron la vida más de una vez. Añádese que Anaxarco, su maestro, habiendo caído un día en un foso, pasó otro sin dignarse tenderle la mano. Otra vez, estando á punto de naufragar, él fué el único á quien no horrorizó el peligro; y como viera á sus compañeros sobrecogidos de miedo, les rogó con aire tranquilo que miraran á un cerdo que estaba al borde del precipicio, y sin embargo corría como de ordinario. Esta, dijo él, debe ser la insensibilidad del sábio. Según otros, Pirron no rechazaba la verdad; sostenía únicamente que los filósofos no la habían encontrado. Quería que el sábio suspendiera su asentimiento, sin prohibirles que perseveraran en la investigación de esta verdad que él creía oscura. Admitía como un hecho nuestra confianza involuntaria en las impresiones de los sentidos, y reconocía la necesidad de obrar, la autoridad práctica del sentido comun, de las leyes y de los usos y la de la moral.

Por lo demás, es posible que haya verdad en las dos opiniones. Como Pirron no tenía otro principio que el de no tener ninguno, puede, sin contradecirse, hablar y obrar lo mismo de una manera que de otra.

Este filósofo no abandonó la escuela, propiamente hablando; pero de tiempo en tiempo suscitó hombres tan incrédulos como él. Además, los pirronianos y escépticos, ó que examinan, nombre genérico que se dió á los secuaces de Pirron, se llamaban también *investigadores*, porque buscaban siempre la verdad; *inciertos*, porque no la encontraban nunca; *dudosos*, porque después de sus investigaciones perseveraban en sus dudas; *vacilantes*, porque vacilaban en adherirse á los dogmáticos ó filósofos con principios fijos. Con un sistema tal, compréndese fácilmente que es imposible ni la ciencia ni la verdad. La causa de todos estos excesos era, la mayor parte de las veces, la envidia de combatir y poner en contradicción consigo mismos á ciertos filósofos que se vanagloriaban de probarlo todo. Unos y otros olvidaban la primera condición de la humanidad: olvidaban que para poder razonar sobre cualquiera materia se necesita creer en la razón humana, sin que le sea posible á nadie demostrarla ni refutarla, porque para esto no tiene más que la razón misma. Pero la razón humana, la inteligencia humana no es la razón de tal ó cual individuo, sino la razón comun á la especie, el sentido comun. Sobre esta

(1) Plut., en el tratado indicado.



base han fundado su filosofía Sócrates, Platon y Aristóteles. A este último le hemos oído decir: «Lo que á todos parece, decimos que es verdad. El que se opusiere á esta creencia, no diría nada más creíble.» Y también: «Nadie que tenga sentido trate de probar lo que nadie ha probado, ni ponga en cuestion lo que está claro para todos ó para la mayor parte, porque esto no ofrece duda alguna, y nadie lo admitiría.» Estas pocas palabras contienen la base y la regla necesaria de toda certidumbre.

Bajo este punto de vista, el pirronismo ó escepticismo, si no es una burla del espíritu, es una inconsecuencia y una contradicción. Porque ó el pirronismo dice que cree en la razón común, y entonces no es esceptico, ó dice que no cree de ninguna manera, y entonces se contradice; porque al decir que no cree nada, cree que le oyen y entienden aquellos con quienes habla, cree que su palabra excitará en ellos el mismo pensamiento que en él; en otros términos, cree en la comunicacion y comunidad de la palabra y del pensamiento entre los hombres. Para decir sin inconsecuencia y sin contradicción que no cree nada, sólo tiene un medio el esceptico, que es guardar un silencio absoluto.

Zenon, fundador del estoicismo, llamado así de la *Stoa* ó del pórtico, sobre el que este filósofo enseñaba en Atenas, nació en la isla de Chipre el año 372, y murió en Atenas el año 274 antes de Jesucristo. Lo que, segun Ciceron y Plutarco, distingue á Zenon y los estoicos, es que, en lo esencial de sus doctrinas, piensan como Platon y Aristóteles, pero abandonaron el lenguaje hasta entonces usado para inventar palabras nuevas. Por lo que hace á sus opiniones particulares, no solamente están en contradicción con la doctrina de Platon y de Aristóteles, sino también con el sentido común de todos los hombres. Principios por la moral, lo más excelente y perfecto de toda la doctrina estoica.

Platon, Aristóteles y sus primeros discípulos, llamaban bueno y malo á todo lo que el mundo llama bueno y malo. El principal bien es el del alma, la virtud; el mal mayor es también el del alma, el vicio. Pero además del bien del alma, hay los bienes del cuerpo, como la santidad, y bienes exteriores, como el vestido, el alimento, los parientes y amigos. Estos bienes no pueden compararse de ningún modo con la virtud; pero sin embargo son bienes. De la misma manera, además del mal del alma existen también los males del cuerpo y los males exteriores, que no pueden compararse con el vicio, pero que sin embargo son males. Sin la virtud no se puede ser feliz; con ella, siempre; pero la felicidad no será completa si el cuerpo sufre ó le falta algo necesario. Tal es la opinion general de todo el mundo. El cristianismo ha marcado esta doctrina con el sello divino, enseñándonos que hasta la felicidad misma de los santos en el cielo no será completa, sino cuando el cuerpo resucitado participe de la gloria del alma.

Los estoicos sostenían que no hay más bien que la virtud, ni otro mal que el vicio. Los

bienes del cuerpo y los bienes exteriores no son bienes, sino solamente cosas útiles, convenientes á la naturaleza, preferibles en caso de eleccion. El dolor del cuerpo, la pobreza, el abandono, no son males, porque no tienen nada de deshonestos; son solamente cosas sensibles, penosas, que la naturaleza evita cuando puede. ¿Quién no ve cuán justas son estas palabras de Ciceron? Zenon hablaba en distinto sentido que todos, y pensaba como los demás (1).

Por último, la sabiduría de los estoicos no es más que la falsificación de lo justo de Platon. Este último le aventaja en verdad y sublimidad. Desconocido, calumniado, infamado, escarnecido, colgado de una horca, no dijo que el dolor no sea un mal; le sufre sin decir nada por amor á la justicia y á la virtud. Ni se alaba ni se compadece, como hacen los héroes de Homero. «El hombre de bien, dice con este motivo Sócrates, no mirará la muerte como una cosa terrible para el hombre de bien, su amigo; no se afligirá por esto como si su amigo sufriera alguna horrible desgracia. Nosotros decimos, por el contrario, que esta clase de hombres son los que principalmente se bastan á sí mismos para ser felices, y que, menos que nadie, necesita de otro para esto. Por esta razón le será á éste menos sensible la pérdida de un hijo, de un hermano, de un tesoro, ú otra cosa semejante. Se lamentará menos que nadie; pero si le ocurre una desgracia la soporta con la mayor resignacion posible (2).» Sócrates no dijo tampoco que el buen sentido y el hombre virtuoso no sufran en este caso, sino únicamente que sufre con la calma de la virtud, sin entregarse nunca á esas lamentaciones afeminadas que Homero atribuye á sus héroes. Zenon cayó en el extremo opuesto al del poeta, exigiendo del sábio, no solamente la calma y la moderacion en el dolor, sino la insensibilidad.

Las máximas particulares de los estoicos, eran estas: Todos los que no son sábios, son igualmente desgraciados; todos los sábios son absolutamente felices; todas las buenas acciones son iguales; todos los pecados son iguales. Ciceron dice que el sentido común y la naturaleza lo repugnan, y que la verdad es opuesta á esta doctrina (3).

Plutarco escribió una obra completa con este título: *De las nociones comunes ó del sentido común contra los estoicos*.

Los razonamientos de Ciceron y de Plutarco son tanto más justos, cuanto que los estoicos reconocían formalmente, como se ve por Epicteto, que las nociones comunes son la regla admitida por todos, pero que puede engañarse en su aplicacion, y nada más que en su aplicacion (4).

Por lo que hace á la lógica y á la dialéctica, Aristóteles habia determinado bien las reglas, el arte y el abuso contra los sofistas, que

(1) Cic., *De finib.*, lib. IV, n. 20. *Hic loquebatur aliter, atque omnes; sentiebat dum.*

(2) Plat., *De rep.*, lib. III.

(3) Cic., *De finib.*, lib. IV, XIX. *Sensus enim cuiusque, et natura rerum, atque ipsa veritas llamabat quodam modo.*

(4) Epictet. Arrian, l. I, c. 22; l. III, c. 26.



los estoicos no pudieron alterarlas, antes bien las perfeccionaron. Crisipo se hizo famoso en este género. Escribió setecientos cinco volúmenes para no ser menos que Epicuro, que habia escrito trescientos. Llevaba tan lejos la sutileza, que se decía dialéctica, esta era sin duda la de Crisipo. La investigacion de la verdad no era, sin embargo, lo que más le ocupaba; lo que para él tenía mayor importancia, era envolver á sus adversarios en argumentos capciosos como estos: Lo que está en Megara no puede estar en Atenas; hay hombres en Megara, luego no los hay en Atenas.—Tienes lo que no has perdido; no has perdido los zapatos; luego los tienes.

Respecto á lo que entonces se llamaba física ó conocimientos de la naturaleza y de su autor, los estoicos reconocían con Platon un Dios Supremo que ha creado todas las cosas, y que las gobierna todas con su providencia. «¿Es posible, pregunta uno á Zenon, ocultar á Dios nuestras faltas? No, responde, no se le puede ocultar ni aun el pensamiento.»

Sin embargo, para no convenir en todo con Platon, los estoicos representaban á Dios como un fuego inteligente, alma del mundo, principio de toda generacion y de toda sabiduría: colocaban en la categoria de los dioses emanados de este principio á los astros, á toda la naturaleza visible, y á este espíritu invisible y celestial que anima al sér racional; enseñaban que, despues de un gran número de siglos, este Dios Supremo, fuego, éter, rodeará el universo y volverá á sí toda la existencia que ha distribuido á los diferentes seres, para producir despues un nuevo mundo ó un mundo renovado. En esta doctrina hay algo de verdad, porque el cristianismo nos enseña que el mundo presente será disuelto por el fuego, que habrá nuevos cielos y nueva tierra, y que en cierto sentido Dios será todo en todo.

Los estoicos gozaron de una gran reputacion. Muchos de ellos consiguieron los mayores honores, y llegaron hasta la cima del poder. El estoico Séneca fué el preceptor de un emperador romano y el primero de su corte, ó por lo menos uno de los primeros. El discípulo del filósofo fué Neron: cuando este monstruo hubo envenenado á su hermano, Séneca aceptó el despojo de la víctima, y cuando el monstruo mató á su madre, Séneca hizo la apologia del parricida. Séneca hablaba elegantemente del desprecio de las riquezas, y arruinaba á las provincias con sus usuras. En cuatro años de favor dícese que adquirió cerca de sesenta millones de nuestra moneda. Conocía, ó por lo menos tenia medios de conocer la religion de los judíos, puesto que se quejaba de que su supersticion invadía el universo. Debía conocer también á San Pablo y su predicacion, toda vez que este apóstol fué llevado á la corte de Neron cuando Séneca ocupaba en ella el primer lugar, y su causa fué conocida por todo el pretorio. ¿Qué uso hizo sin embargo Séneca de todo su poder? Oigamos á Dion Casio: «El, dice, condenaba la tiranía, y elevaba al trono á un tirano. Vituperaba la corte y no la abandonaba nunca. Despreciaba á los aduladores, y adu-

labá á las princesas y á los libertos hasta el punto de componer discursos en su alabanza. Hablaba contra las grandes riquezas, y poseía diez y siete millones quinientas mil dracmas. Declamaba contra el lujo, y tenía quinientas mesas montadas sobre marfil, todas iguales, donde tomaba sus sabrosas comidas. El exceso de este gasto y de esta vanidad puede servir para apreciar sus otros desórdenes. Hizo un enlace ventajoso casándose con una persona de ilustre nacimiento, sin dejar por esto de entregarse á las pasiones de Sodoma y de inducir á Neron á cometer este infame vicio» (1).

Segun este testimonio, lo que San Pablo ha dicho de estos hombres, que habiendo conocido á Dios, pero no habiéndole glorificado como á tal, serán entregados á pasiones ignominiosas, puede aplicarse directamente á su contemporáneo el estoico Séneca.

Aquel de entre los discípulos de Zenon que parecia practicaba con más fidelidad su moral, ha sido su esclavo. Epicteto, nacido en Frigia, fué esclavo de Epafrodito, que se cree era libertado de Neron; despues consiguió la libertad. Su gran principio era: sufre y abstente, sufre el dolor y abstente del placer. Se reafiren de él muchos rasgos de paciencia y de dulzura. Vivió pobre y modesto. Arriano, uno de sus discípulos, recogió sus máximas en un pequeño libro, conocido con el nombre de *Manual de Epicteto*. Esta coleccion, despues de algunas correcciones, sirvió mucho tiempo de manual ascético á los monjes cristianos.

Por la misma época, otro estoico llegó á ser emperador; este fué Marco Aurelio, que estaba adornado de excelentes cualidades. Conocía á los cristianos, porque habla de su constancia en sufrir la muerte; también conocía su doctrina, porque uno de ellos, el filósofo Justino, se la expuso en una célebre apologia que le dirigió.

Esto no obstante, ¿qué hizo para secundar á los cristianos, salvar al mundo y dar á conocer la verdadera sabiduría, no á algunos individuos, sino á todos los pueblos? El fué el más supersticioso de todos los idólatras; los mismos idólatras han hecho esa observacion. El emperador Adriano vivió públicamente en sodomia; Marco Aurelio hizo de ella un dios. Los mismos honores concedió á su hermano Lucio Vero, cuya conducta no fué menos infame. Su propia mujer era una prostituta, cuyos escándalos hallaban eco en los teatros. Se le exhortaba á repudiarla, y él, tan jactancioso filósofo, respondía: ¡Será necesario devolverla la dote! Tal era el imperio. No solamente no la repudió, sino que en un opúsculo que se conserva de él, da gracias á los dioses por haberle concedido una mujer tan virtuosa. En vida de su mujer recompensó á los cómplices con consulados; despues de muerta, la hizo diosa de los recién casados. Su hijo Cómodo anunciaba ser un segundo Neron; Marco Aurelio trabajó cuanto pudo por asegurarle el imperio. El filósofo Justino, que le habia presentado una apologia en nombre de los cristianos, fué condenado á muerte con un gran número de sus

(1) Dion Casio.